

ducido la Alemania, y que escribió además el *Marques de Narbona*, epopeya en que figuran los héroes de Carlo Magno, que sigue al *Guillermo de Orange*, de Ulrico, de Türkheim, y de la cual es continuación *Rennevart el Fuerte*. Uníase á la historia de Carlo Magno la de los *Cuatro hijos de Aymon*, procedente de los Países Bajos, y que se hizo popular en Alemania. Á Godofredo de Strasburgo debemos la epopeya de *Tristan*, el cual, habiendo sido enviado por su tío Mario á pedir la mano de Isotta, olvidó cuando la conducía, que se había desposado con ella á nombre de otro, y este olvido ocasionó la multitud de desgracias y la constancia infinita que arrastró á los dos fieles amantes á un mismo sepulcro, del cual brotaron dos yédras que entrelazando sus ramas lo cubrieron.

En los antiguos recuerdos está fundado el *Libro de los héroes (Heldenbuch)*, que se reduce todo á relatos alusivos del Godo Hermanrico á Teodorico de Verona y á otros Sajones, Francos y Longobardos de la época de Atila, respirando siempre ferocidad y sangre, sin ningún sentimiento cristiano. Eginardo dice que Carlo Magno hizo recoger *antiquissima carmina* de los Alemanes, en que se celebraba á los antiguos héroes; pero nada de esto ha llegado á nosotros. Se hace sí mención de baladas que muchos siglos despues se cantaban todavía por los Sajones y Bávaros sobre el Longobardo Alboino, la traición de Hatto y el heroísmo de Banno.

Estas tradiciones y otras semejantes dieron nacimiento á los poemas, entre los cuales el mas famoso es el de los *Nibelungen*, dividido en treinta y nueve aventuras, escritas en estrofas yámbicas y trocáicas de cuatro versos rimados de dos en dos, ó alternativamente, y que forma hoy día la gloria de los Alemanes y el objeto de sus estudios, considerándole como el mas eminente entre los poemas caballerescos modernos, al paso que nadie tenía conocimiento de él hace cincuenta años. El asunto está tomado del Edda y de la historia. Léese en el Edda que los dioses Odin, Anner y Loch, viajando por la tierra, llegaron á la cascada donde habitaba el enano Andvaro, y que habiendo visto allí una serpiente que estaba devorando á un pez, la mataron. Mientras descansaban por la noche cerca de Ardmaro, este descubrió que la serpiente muerta por ellos era su hijo Oturo, que había adoptado aquella forma; en consecuencia resolvió detener prisioneros á los dioses hasta que redimiesen la sangre vertida, cubriendo de oro la piel de la serpiente. Á fin de proporcionarse este oro, Loch fué y cogió en la red á Andvaro, convertido en pez, obligándole á cederle su inmenso tesoro. Hizolo así Andvaro, rogando tan solo que le dejasen un anillo, con ayuda del cual podría reunir otras tantas riquezas. Loch se negó, y entonces el enano maldijo el anillo y á todo él que le poseyese en adelante. Aquel anillo fatal, con el resto del tesoro, tocó en suerte á los Nibelungen, que no tardaron en indisponerse para hacer la distribución. Tafner,

otro hijo de Ardmaro, dió muerte á este, y trasladó las riquezas á la Campiña de Geitna, en Westfalia, custodiándolos bajo la forma de dragón. Su hermano Rigin, hábil herrero, pensó en recobrarlas; con tal objeto educó á Sigfrido, de la raza de los Valsungen, y poniéndose á buscar en su compañía á su hermano, lo halló al fin, le hizo que se le matase, y luego fingiéndose afligido le obligó á freir el corazón del dragón. Una gota de grasa quemó la mano de Sigfrido, el cual habiéndola llevado á los labios para mitigar el dolor, notó al momento que comprendía el lenguaje de las aves. Instruido por dos golondrinas de que el pérfido Rigin quería deshacerse también de él, se le anticipó, y Rigin, ántes de espirar, renovó la imprecación contra el tesoro; pero Sigfrido se apoderó de él y fué en busca de aventuras. Llegó á Franconia á un castillo rodeado de llamas, donde estaba encerrada Brunilda, hija del rey Átlo, durmiendo armada de punta en blanco en un magnífico lecho; el que aspirase á poseerla, debía precipitarse en las llamas. Sigfrido no titubeó, y destruyó así el encanto de la doncella, que le refirió como era Walkiria, y como Odin la había castigado de aquel modo por haber dado la victoria á quien él no quería; en seguida le enseñó la ciencia rúnica, y Sigfrido, en cambio le puso en el dedo el anillo encantado. Dejándola para correr nuevas aventuras, se dirigió á Borgoña á la corte de Guntaro, cuya hermana Gudruna se enamoró de él, y habiéndole hecho olvidar á Brunilda por medio de un filtro que le dió á beber, obtuvo su mano. Entretanto Guntaro, que había oído hablar de Brunilda, quiso casarse con ella, y fué con su hermano Agon y con Sigfrido al castillo de las llamas; pero como no se atreviese á lanzarse en ellas, un encantador dió á Sigfrido la apariencia de Guntaro y de este modo entró y sacó á Brunilda. Esta se casó en Borgoña con Guntaro, sin reconocer jamás á Sigfrido ni ser conocida por él; pero en una cuestión Gudruna reveló el engaño á Brunilda, que juró vengarse; con este objeto indujo á Agon á matar á Sigfrido, el cual, al tiempo de morir, se acordó de Brunilda, y esta, desesperada, se arrojó en la hoguera que consumía los restos de su amante.

Tal es el fundamento de los Nibelungen, en cuyo poema Sigfrido, príncipe de los Países Bajos, conducido á la corte de los Borgoñones por el deseo de casarse con Crimilda, vence por amor á ella á los Sajones y Daneses, ayuda á Gundecaro, su hermano, á obtener á Brunilda, reina de Irlanda, ejecutando difíciles empresas, y pide y alcanza en premio la mano de Crimilda. Las dos esposas vivieron contentas durante diez años, hasta que sabiendo Brunilda que Sigfrido había logrado la mano de Crimilda, solo por su valor, anheló vengarse, y dispuso con su marido una traición, en consecuencia de la cual Agen de Tronek asesinó á Sigfrido. Crimilda le tributó solemnes exequias, y juró su venganza: al efecto, decidió tomar por esposo á Atila.

apellidado Azote de Dios (1), que figura aquí como personaje heroico, si bien secundario.

Atila, á instigación de la dama, envió dos menestrales con encargo de invitar á Gundecaro y sus hermanos á venir á su corte; y estos, sin oír los consejos de la prudencia y los augurios, marcharon á Hungría con Agen para contemplar la felicidad de su hermana y el poderío de su cuñado. Allí en un torneo se suscitó una pendencia entre los Hunos y los Borgoñones; la fiesta se convirtió en una sangrienta lucha, y Crimilda incitaba á los guerreros á la matanza. Pero los Borgoñones se defendieron, sembrando la muerte entre los Hunos, hasta que Brunilda prendió fuego á la sala, degolló á su hijo para irritar á Atila, inmoló á su hermano para conseguir que Agen le entregase los tesoros, y por último, se precipitó sobre el mismo Agen y le asesinó; pero un anciano la mató también á ella. Es una serie de asesinatos, sin el consuelo de ninguna idea humana (2).

Véase aquí dos grupos de tradiciones, cuyo vínculo es una mujer, la cual aparece desde el principio para no volver á abandonar la escena, descubriéndose en ella desde la inocencia virginal hasta la fiera de una sangrienta agonía. Es el carácter de mujer mejor retratado que presentan las epopeyas, eclipsa á los demás héroes, y anuncia con la Beatriz del Dante la venida de una era nueva.

¿Cuándo fué escrito este poema, y por quién? Los códices manifiestan que existía desde el principio del siglo XIII, anterior á Dante; pero discuerdan atribuyéndolo á alguno de los minnesingers mas célebres, como Conrado de Würz-

burg, Wolfram de Eschenbach, Klingsöer, y con mas probabilidad á Enrique de Offerdingen, que gozó de tanta fama, y de quien, sin embargo, no se conoce otra obra (1); algunos lo han creído formado de una reunion de episodios, como se ha dicho de la Iliada. Y á la verdad, en él se desarrollan dos acciones diversas, la muerte de Sigfrido y el castigo de sus asesinos, y se introducen reminiscencias de distintas épocas, figurando allí Atila juntamente con el marques Rudiger y con Pelegrin, obispo de Passau en el siglo X, y habiéndose de Viena, que no fué edificada hasta 1162; las frecuentes repeticiones, las variedades de estilo y de lenguaje, reconocidas en él con mas seguridad que en Homero, robustecen esta opinion (2). El fondo está tomado del Edda; pero al paso que en este libro el móvil principal es el amor á la familia y la obligación de vengar el asesinato de los padres, en los Nibelungen el afecto conyugal es superior al doméstico; la fiera pagana que le sirve de base está mitigada por algunos toques de sentimientos mas modernos. Los héroes borgoñones, cuando atacan á Atila en el palacio incendiado, se sienten devorados por la sed, y el feroz Agen exclama: *Si tienes sed, bebe sangre*; y bebe la de un cadáver aun caliente, encontrándola deliciosa. El caso de Rudiger es, al contrario, enteramente caballeresco; obligado por lealtad á pelear contra los Nibelungen, á quienes ama, vierte lágrimas, y viendo á Agen, su enemigo, sin escudo, le dice: « ¡Con qué gusto te daría el mio, si me atreviese á ofrecértelo delante de Crimilda! No importa; tómalo Agen, » y llévalo en tu brazo. ¡Ah! ¡Ojalá logres volver con él á tu casa, al país de los Borgoñones! »

Este poema permaneció ignorado, hasta que en el siglo XVIII el deseo de regenerar la literatura alemana, viciada por la imitación francesa, inspiró al Suizo Bodmer el pensamiento de publicar parte de él. Llamó poco la atención; pero cuando veinticinco años despues C. H. Müller dió á luz lo demás de la obra, las personas doctas se dedicaron á estudiarla con cuidado (3); y fué comentada, traducida al alemán moderno y colocada al nivel de los poemas de Homero, llegándose á considerarla superior en cuanto á los caracteres, de una perfección mas moderna. Pero estos, aunque grandiosos y verdaderos, excepto el de Atila, no son siempre constantes consigo mismos; por otra parte, sería locura buscar allí la delicadeza virginal del arte griego, pues la lengua, no estando aun pulida,

(1) Véase la prueba en *Heinrich von Offerdingen und des Nibelungenlied*, von ANT. RITTER VON SPAUN.

(2) LACHMANN, *Ueber die ursprüngliche Gestalt des Gedichtes von der Nibelungen* (Berlin, 1816), e *Aufmerkungen zu der Nibelungen* (1836), determina la época de cada trozo, las interrupciones, las interpolaciones.

(3) La edición mas correcta es la de Carlos Lachmann, en Berlin, 1826, titulada: *Der Nibelungen Nuh, mit der Klage*; in der ältesten Gestalt mit den Abweichungen der gemeinen Lesart. En lugar de Necesidad (Noth) de los Nibelungen, se titula otras veces Canto (Lied) ó Tesoro (Host) de los Nibelungen. La Klage ó Lamentación es otro poema de ménos mérito, en armonía con la segunda parte de los Nibelungen.

(1) Atila es el héroe de otros poemas. Uno en latín fué publicado por Fischer en 1780, que lo cree del siglo VI, mientras otros lo colocan en el VIII; excepto el nombre, todo lo demás es novelesco. Existe en Módena uno en francés, que fué impreso en italiano por Rossi; Ferrara, 1768. Véase á WEBER, *Illustrations of Northern Antiquities*, 1814. En el *Chronicon Nondalcense*, publicado por Muratori, se leen algunos fragmentos de un poema cuyo argumento son las hazañas de Walter de Aquitania. Habiéndose originado una disputa para la sucesión á la Baviera, se sacó de un monasterio bávaro un manuscrito del siglo XIII, que fué remitido al hijo del docto Mosheim, el cual halló que contenía, además de otras cosas, el poema de *Waltherius*, al que le falta el final. Así lo publicó Fr. Chr. Ficher en Leipzig en 1780, con una disertación erudita que sin embargo no corregía siempre las faltas del texto; doce años despues imprimió el final, descubriendo en Carlsruhe por Federico Molter, que había traducido aquel poema latino con el título de *Prinz Walther von Aquitanien*. (Carlsruhe, 1792.) Ignacio Fessler sacó de él su novela histórica, *Atila, König von Hunnen*, en sus *Gemälde aus den alten Zeiten der Hungarn*. (Breslau, 1806, 4 tom.) J. Grimm dió mas adelante una nueva edición del texto latino en la colección *Latinoische Gedichte des X und XI Jh.* (Göttinga, 1838.) Este poema pertenece al ciclo de Atila, y es version ó imitación de un canto anterior á los Nibelungen, que aluden á él mas de una vez. Quizá es un episodio de un poema mas extenso, visto que solo se trata de una acción de este héroe, á saber, la fuga de Walter del país de Atila, y su combate contra dos guerreros del rey borgoñon Gunter, que quiere robarle el tesoro de los Francos. La mayor parte de los personajes están nombrados no solamente en los Nibelungen, sino también en los cantos escandinavos y en los poemas titulados *Gutrurn, Oluit, Der grosse und der kleiner Rosengarten, die Rabenschlacht, die Klage, Bitterhof und Dietlieb Dieterichs-Flucht*, etc.

(2) Véase el extenso análisis que hacemos en nuestros documentos de Literatura.

priva a los Niebelungen de aquel poderoso encanto, único capaz de perpetuar una epopeya.

No obstante, merece elogio el que la indiferencia de nuestro siglo haya a lo menos inducido a apreciar con imparcialidad producciones que no tenían la recomendación de nombres ni de idiomas clásicos. Y si bien a veces la crítica moderna, sutil por saciedad y por despecho, ha admirado con demasiada complacencia algunos restos de la edad media, cuyo solo mérito consistía en ser enteramente distintos de lo que se ensalzaba en otra época, es indudable que el Edda y los Niebelungen llevan tanta ventaja a todas las composiciones contemporáneas del Mediodía como los trovadores a los cantores septentrionales. Al paso que los Meridionales quieren y admiran la forma hasta con detrimento de la originalidad, esta, por el contrario, constituye el mérito principal de la literatura del Norte, cuyos críticos elevan a las nubes todo lo que muestra genio y grandeza en el pensamiento.

En cuanto a lo maravilloso, se encuentran mezcladas en aquellos antiguos poemas todas las tradiciones y supersticiones de la época: enanos, gnomos, dragones mágicos; Normas que tejen los destinos de los guerreros con hilos teñidos en sangre; Ondinas que viven en el agua y se desposan con los mortales: hay también poemas en que lo maravilloso constituye la acción principal, como sucede con el *Laurin*. Dietlieb y Similda eran hijos de Bitterhoff, rey de Estiria, y habiendo ido la última cierto día con una brillante comitiva a solazarse en un prado, Laurin, rey de los enanos, la vió, se enamoró de ella y la robó. Dietlieb, después de haberla buscado inútilmente, fué a casa del anciano duque Hildebrando, y ambos con un gran séquito se dirigieron a Verona, residencia de Teodorico. Hildebrando, habiendo oído hablar durante el viaje de Laurin, rey del Tirol, y de una hermosísima dama que había sabido conquistar, fué llevado por la curiosidad a la morada de este príncipe. Allí encontraron un jardín lleno de rosas y rodeado por un hilo casi imperceptible; pero, mientras que Dietlieb se entretenía en contemplarlo, una persona de su séquito destruyó todas las flores con la espada e hizo pedazos las puertas de oro del parque de Laurin. De repente el rey se presentó con gran pompa armado de punta en blanco, en un magnífico corcel, y exigió, como reparación del insulto, la mano izquierda y el pie derecho del temerario. Irritado este, empeñó la batalla con el rey; pero sucumbió y se vió cargado de cadenas. Entonces Dietlieb desafió a Laurin, y ayudado por sus secuaces y por Teodorico, consiguió vencerle. Pero Laurin, en el momento de recibir el golpe mortal de manos de Dietlieb, invocó el perdón de este y le dijo que tenía en su poder a su hermano. Siguióse una reconciliación entre ellos, y Laurin le invitó a visitar su palacio subterráneo. Estuvieron antes en el castillo de su sobrino, donde fueron acogidos

por el alegre canto de una multitud de pájaros, al que se mezclaba el sonido de las harpas y de las zampoñas. Al día siguiente Laurin los recibió en su palacio, y Similda se presentó protestando que jamás consentiría en casarse con el rey de los enanos. Laurin, indignado, les dió un narcótico, y cuando los vió dormidos, hizo que un gigante los trasladase a una bóveda oscura y los suspendiese de un travesaño de hierro. La furia de Teodorico al despertarse fué tal que el ardor de su aliento derretió las cadenas, y en cuanto estuvo libre soltó a sus compañeros. Similda contribuyó también a la libertad de su hermano, proporcionándole un anillo que centuplicó sus fuerzas; con ayuda de la sortija sacó a sus compañeros del calabozo, y recibió otra que destruía el encanto que hacía a Laurin invisible. Empeñóse entonces una nueva lucha, en la que finalmente Laurin sucumbió, siendo condenado a desempeñar en las plazas el oficio de titiritero.

Los que han querido comparar los Niebelungen con la Iliada han encontrado un poema semejante a la Odisea en la *Gudruna*, cuya asunto es el siguiente. Agen, hijo de Sigebando y de Uta, fué arrebatado de su cuna por un águila que le llevó a su nido; devuelto luego por un milagro a sus padres, se casó con Hilda, princesa de las Indias, de la cual tuvo una hija, a quien sorprendió y robó Ettel de Hegeling. Agen marchó en su busca; pero se avinieron, y Ettel se casó con la que había robado, de la cual tuvo a Gudruna. Muchos reyes, noticiosos de la hermosura de esta, la pidieron inútilmente en matrimonio, hasta que Erwig, rey de Zelandia, obtuvo su mano. Artmuth, rey de Normandía, dió muerte a Ettel, y se llevó a Gudruna prisionera. Habiéndose negado esta a unirse a él, fué condenada por la madre del rey a lavar en el mar, en medio del frío mas intenso, la ropa blanca del palacio. Entretanto, la madre de Gudruna armó una escuadra para ir a libertarla, y un día que la princesa estaba ocupada en su penosa tarea, un pajarillo le predijo su próxima libertad. Al día siguiente, cuando estaba todavía trabajando, vió acercarse una barca, desde la cual le pidieron nuevas de su princesa Gudruna. No tardó en reconocer a su amante y a su hermano Ortwin, en cuyos brazos se precipitó; pero negándose estos a llevarla sin sus compañeras de cautiverio, se separaron. Gudruna se indignó entonces del vil oficio a que se la tenía sujeta, y no quiso desempeñarlo mas, antes al contrario, arrojó la ropa al mar; en su consecuencia la reina la condenó a ser apaleada, y a permanecer con el vestido helado encima. En tal apuro fingió ceder a los deseos de Artmuth, y se adornó con ricos trajes, pero por la noche anunció a sus compañeros que el fin de su cautiverio se aproximaba; en efecto, al día siguiente la ciudad fué atacada y tomada, los enemigos sucumbieron y todos quedaron contentos.

Estas invenciones tienen cierto aire de semejanza con las *Mil y una noches* y con el *Libro*

de los reyes; fraternidad de tradiciones que pudiera hacer creer en la de la sangre. Sacáronse de las mismas fuentes otros cantos feroces y supersticiosos, como restos de la antigua idolatría que había buscado en la poesía un refugio. Existe en aquel país multitud de creencias acerca de las potestades secretas, mediadoras entre el cielo y la tierra, ó entre la tierra, y el infierno. El Alp, que los Franceses llaman *Cauchemar* (1), y que entre los Italianos es tan desconocido que no tiene mas que el nombre clásico de incubo, hace aun temblar de espanto a las mujeres: los montañeses refieren cien cuentos, en los que figuran los hombrecillos grises, y los hombrecillos de las montañas (*Graumannchen*, *Borgmannchen*), en los que viven tan pronto en las cavernas como en los palacios construidos en las minas de oro, a modo de reyes y reinas, todos enanos. Son ricos y enriquecen a las personas de quienes han recibido algun favor, pues á menudo necesitan de la mano del hombre, ya para los partos de sus reinas, ya para trasladar los tesoros reales, y el mayor mal que causan es sustituir a los niños que están en la cuna, sus hijos, a fin de que participen de los frutos de la redención. Las madres velan, pues, con gran cuidado por la seguridad de sus recién nacidos, hasta que hayan recibido el bautismo; á veces, sin embargo, el mal genio consigue poner en su lugar uno falso (*Wechselbag*) que permanece siempre endeble y hambriento, aniquilando a todas las nodrizas que se le destinan.

Después que cayó la dinastía de los Staufens, Rodolfo de Habsburgo no se acordó de los versos para nada, de modo que los minnesingers cesaron, y la poesía, despreciada por las cortes, se refugió entre el vulgo, apareciendo los *Meistersingers* ó maestros de canto, artificiosos y extravagantes.

La invención francesa ingertó en Inglaterra un vástago de civilización romana en el tronco septentrional, encontrándose las formas de los trovadores, ó cantores provenzales, y las de los cantores del Norte en aquel lenguaje mixto, a pesar de la resistencia que el instinto nacional opuso a la larga y robusta dominación de un idioma extranjero. La literatura de los vencedores y de los que solicitaban su favor era francesa; los vencidos susurraban apenas sus quejas, y no pudiendo hacer otra cosa, exaltaban las glorias de los santos nacionales, y los milagros que protegían los conventos, refugio y consuelo de los oprimidos. Solo después de Ricardo Coron de Leon empezó a figurar Alejandro Magno en los romances; otros cantaron a Héctor, a Jason, a Roldan, y renovaron la memoria de Artus, de Merlin, de Lancelot. El mismo Ricardo sirvió de asunto para una epopeya, aunque en

(1) Alp procede de *elf*, y se acerca a *alphyto*, nombre del fantasma blanco con que las nodrizas griegas meten miedo a los niños. *Cauchemar* viene de *marra*, nombre que le dan los Escandinavos, y de donde se deriva también el *nightmare* de los Ingleses. Los del país de Gales dicen *guyll* y los Irlandeses *pluka*.

ella aparece disfrazado a la oriental. En general, los romances ingleses tienen algo de mas serio y práctico, conforme a la índole de aquel pueblo, que llegó a la libertad por medio de sutilezas, y lejos de alabar a los poderosos, atacan a los reyes y a los frailes, y sacan de las aventuras maravillosas algunos conocimientos atrevidos.

Entretanto los proscriptos, que llevaban la guerra a los caminos y a los bosques, donde estaba vedada la caza, tenían también sus canciones particulares; ladrones como algunas veces los bandidos en Italia, por oposición al gobierno, desafiaban sus leyes y protegían a los que las violaban. Robin Hood fué su tipo ideal. En los romances que lo celebran no se encontrará ni la imaginación caballeresca de los cantores del Norte, ni la galantería de los trovadores, ni la malicia artística de los maestros alemanes, sino la libre audacia del montañés, y la frescura de los lugares donde vaga intrépido, arrojando los peligros y burlándose de los guardabosques (1).

Entre los musulmanes mencionaremos al gran poeta persa Anveri. Estudiaba en la academia Mansurieh en Tous, careciendo de todo lo necesario, cuando vió pasar la comitiva de Saugiar, sultan selyúcida de Persia. Iba en ella un personaje con un suntuoso tren, y al saber que era poeta de su corte exclamó: « ¡Vive Dios! ¡la ciencia obtiene tan elevado lugar, y yo permanezco miserable! Por la gloria de Dios, desde hoy me hago poeta. » Y en seguida dirigió una canción al sultan, el cual, habiéndola hallado buena, le envió a llamar, y le preguntó en qué podía servirle. Anveri improvisó esta respuesta: « No tengo otro asilo en el mundo que el umbral de tu palacio: el único refugio que ambiciono es el vestíbulo de tu poder, » y obtuvo regalos, empleos en la corte, y una fama tan grande que se decía en todas partes como proverbio: « Aunque Mahoma haya escrito: *Ningun profeta habrá después de mí*, existen tres poetas que son profetas (hombres inspirados): en la epopeya Firdussi; en la gacela Saadi; en las casidas Anveri. » Pero estas últimas son tan difíciles de comprender que requieren largos comentarios hasta para sus mismos compatriotas. Tuvo propensión particular a la sátira, y resultaron para él las consecuencias de costumbre, esto es, la enemistad de los demas y su propio arrepentimiento. Pretendía saber mucho en astronomía, y debiendo efectuarse la conjunción de los siete planetas en la constelación de Libra, predijo que aquel día los vientos se desencadenarían con una violencia capaz de arrancar de raíz los árboles, derribar casas y destruir ciudades enteras. Todo el reino quedó, pues, sumergido en la consternación: cada cual se preparaba un asilo en los sótanos y en las grutas; pero el día fijado, la atmósfera se mostró mas

(1) De todos estos cantos insertamos algunos ejemplos en nuestros documentos de LITERATURA.

tranquila que nunca, tanto que por la tarde el viento ni siquiera apagó la luz en la mano del muezín colocado en lo último de un minarete, y no sopló en todo el año lo suficiente para aventar el trigo. El malhadado profeta, viéndose blanco de las burlas, compuso una casida que empezaba de este modo: « ¡Ay! ¡Ay, musulmanes! ¡cuán engañoso es el cielo! ¡Perezca la hipocresía de Mercurio, la tiranía de la Luna, la perfidia de Júpiter! » ¡Tan propio es de la naturaleza del hombre, en general, obstinarse en no querer reconocer sus faltas!

Saadi fué también persa (1175-1291). Nació en Schiraz, capital del Farsistan: y « arrojado de su patria por la crueldad de los Turcos, viendo el universo desmelenado como la cabellera de un Etiope.... viajó mucho por los diferentes países, viviendo con toda clase de personas; y no hubo ángulo de la tierra de donde dejase de sacar algún provecho, ni mies de la cual no supiese coger una espiga. » Catorce veces fué en peregrinación a la Mecca, recorrió el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Arabia, y emprendió cuatro viajes a la India, en cuya lengua escribió poesías. « Cansado de la compañía de mis amigos de Damasco (dice), me retiré al desierto de Jerusalem para buscar la sociedad de los animales; pero los Francos me hicieron prisionero y me emplearon en cavar los fosos de Trípoli (en Siria), en unión de algunos Judíos. Un antiguo amigo mío, que ocupaba un alto puesto en Alepo, me reconoció al pasar, y me preguntó acerca de mi existencia. Yo le respondí que me había retirado a las montañas y a los desiertos para huir de los hombres, convencido de que solo en Dios puede tenerse confianza; y que imaginase cuál debía ser mi situación, viéndome obligado a permanecer en la compañía de una banda de seres, indignos hasta de llamarse hombres. Mi amigo se compadeció de mi suerte, me rescató y me llevó consigo a Alepo. » Después vió los males que la devoción del musulmán Mahmud acarrearía a los pagodas indios.

CAPÍTULO XXIV

Historia. — Elocuencia.

Los historiadores, ó para expresarnos mejor, los cronistas árabes, no hacen generalmente mas que copiarse uno á otro, sin haber visto, comprendido ni osado decir la verdad. Se distingue entre ellos Mohammed, hijo de Ahmed de Nessa, que escribió las hazañas de Gelaeddin, de quien era secretario, y á cuyo lado estaba la noche en que este príncipe, acometido por los Mogoles, pereció. Disgustado con la pérdida de su bienhechor, quiso á lo menos conservar su memoria transmitiendo á la posteridad sucesos de que había sido testigo.

Los vencedores de Gelaeddin hallaron un panegirista en Aladdin Atta Mulk, que escribió

la historia del conquistador del mundo, y que pudiera dar lecciones á algunos retóricos europeos en cuanto á la manera que tiene de alabar la dultura de los Mogoles, y de hacer ver la utilidad de sus devastaciones. « Los males y los bienes acaecen en este mundo por la voluntad de Dios, cuyos decretos son dictados por una profunda sabiduría y una justicia exacta. Las mayores calamidades, la dispersion de los pueblos, la desventura de los buenos, el triunfo de los malvados, son cosas indispensables, á juicio de esta divina Sabiduría, cuyas vías misteriosas exceden á la capacidad del entendimiento humano; si bien podemos observar lo que cada uno de nosotros tiene á la vista, esto es, cómo, después de seis siglos, las conquistas de un pueblo extranjero han realizado la vision en que fué revelado á nuestro Profeta que su fe tocaría á los confines del Poniente y del Levante. La Providencia se valió de la invasion de un ejército extranjero para exaltar el Coran y hacer resplandecer el sol de la fe en comarcas donde aun no había llegado el perfume del islamismo, ni había deleitado los oídos el son del *tekbir* y del *ezann*. Ahora aquellas regiones orientales están ocupadas por multitud de creyentes; y unos fueron conducidos en calidad de esclavos á la Transoxiana y al Corasan para servir de artesanos y pastores, otros han sido trasladados allí á petición suya, habiendo ido otros á traficar al Occidente, se establecieron en aquellos países, edificando mezquitas y colegios enfrente de los templos de los ídolos: niños arrebatados á los paganos han sido educados en el islamismo; muchos idólatras se han convertido; muchos príncipes de la casa de Gengis-Kan han abrazado nuestra religión, imitándoles los vasallos y los guerreros. »

Tan cierto es que todas las cosas humanas pueden considerarse bajo dos aspectos. Prosigue celebrando la tolerancia religiosa de los Mogoles, la exención que concedieron á los ministros de todos los cultos y á los bienes eclesiásticos, y exhorta á guardarles fidelidad, por haber dicho el Profeta: « Guardaos de provocar á los Turcos, pues son formidables. »

Añade que entre las plagas con que Dios castiga á los hombres, Mahoma impetró que ninguna alcanzara á los musulmanes, á excepción de la de la espada. « Y á la verdad, sin este castigo, sería imposible remediar los desórdenes mas graves: el corto número de los buenos gemiría bajo la opresión de los muchos malos: de ahí esta excepción y bondad de Dios. Al principio del siglo VII, estando el pueblo de Mahoma corrompido por la exuberancia de los bienes temporales, Dios, para castigar su negligencia y dar una terrible lección á las generaciones venideras y nuevo esplendor al islamismo, armó el brazo de un vengador; pero no tardó en mostrar su clemencia, como un buen médico que emplea

los remedios según el temperamento del enfermo. »

Ciertamente, su adulacion es desmentida pronto por los mismos hechos que narra, si se sabe consultarlos. Al referir cómo se sometió á este arduo trabajo de la historia, reconoce que las dificultades crecieron por haber perecido en el Corasan los que cultivaban las letras. « El Corasan era el trono de las doctrinas, el punto de reunion de los doctores, según aquellas palabras del Profeta: « La ciencia es un árbol que tiene sus raíces en la Mecca y produce sus frutos en el Corasan. » Todos los letrados sucumbieron al filo de la espada, y los hombres abyectos que ocuparon su lugar no se ocupan mas que en estudiar y en escribir la lengua uigura; los empleos y hasta las dignidades mas altas están ocupados por la hez del pueblo, se han enriquecido muchos mendigos; todo bandolero ha llegado á ser emir ó visir; todo temerario ha adquirido poder; todo el que lleva turbante de doctor se cree doctor, y el plebeyo está por encima del grande. En este tiempo, que carece de ciencia y de virtud, y en que abundan la ignorancia y la corrupción, goza de crédito el que es malo; juzgado, pues, los estímulos que obtendrán las ciencias y las letras. »

La obra de Atta-Mulk, que alcanza solo al año de 1257, fué continuada hasta 1327 por Abdallah, llamado Vassas el-Azret, esto es, el panegirista de su majestad, título que le confirió el sultan Olgetu, por haberle leído una oda suya, con las explicaciones requeridas. Confiesa abiertamente que se había propuesto como fin lo bello mas bien que lo verdadero, lo cual se obstinan también en hacer entre nosotros algunos historiadores. « He procurado que este libro ofrezca una coleccion de bellezas literarias, de modelos en toda clase de elocuencia, figuras retóricas de toda especie, á fin de que los letrados se vean obligados á convenir en que, por lo que respecta á la eleccion de las expresiones, á la elegancia de las frases, á la oportunidad de las citas, á las galas del estilo, ningun autor, sea árabe ó persa, me aventaja. »

El mismo sultan Olgetu favoreció á Fazel Allah Raschid, y le alentó á escribir una historia universal. « Atendido que los historiadores, hablando en general, no fueron testigos de los hechos que refieren, y que el que trata de acontecimientos contemporáneos, debe atenderse á relatos que varían de un día á otro, no puede ser fiel la historia de tantas naciones y de tiempos tan remotos, hallándose los mismos hechos expuestos de una manera distinta, ora porque engañan al autor las fuentes en que bebe, ora porque de propósito exagera algunos hechos y omite otros, ora porque sin querer faltar á la verdad, se expresa con inexactitud. De consiguiente, el que pretendiese ser verídico en un todo, se vería en la imposibilidad de escribir cosa al-

guna, y de esta suerte los hechos caerían en el olvido. Es por tanto deber del historiador sacar los sucesos de cada nacion de los anales que gozan de mas fama, y consultar á los que mas saben. » La reflexion es verdadera, y la regla excelente. Raschid, como gran visir de Persia, pudo conocer perfectamente los acontecimientos: el mismo sultan revisó y aprobó su obra y la favoreció, pero al cabo le mandó serrar por la mitad del cuerpo (1). Quizá se atrevió á decirle la verdad.

Abul Farax ó Bar el Judío, hijo de un médico de Melitene, que abrazó el estado eclesiástico, fué nombrado por el patriarca jacobita, obispo de Góbos, después de Lacabene y de Alepo, y últimamente desempeñó el puesto de primado de los Jacobitas: escribió sobre teología, metafísica, lógica, dialéctica, economía y otras ciencias, y una crónica universal hasta el año de 1286, bastante árida y de poco provecho, á no ser en la parte que habla de los Cristianos en Oriente.

El Árabe Ebn Kaldun, que nació en Túnez en 1332 y murió en 1406, esparce luz en los acontecimientos de aquel tiempo, aunque pertenece á época posterior. Vivió muchos años en España, en la corte del rey de Granada, donde era su oficio escribir en los documentos del gobierno la divisa del príncipe: *Loado sea Dios, gracias sean dadas á Dios*. Luego pasó á Oriente y enseñó en el Cáiro, respetado por Tamerlan y perseguido por los envidiosos. Su obra principal es el *Libro de los ejemplos instructivos*; y *Coleccion del sujeto y del atributo concernientes á la historia de los Árabes, Persas, Bereberes, y á las naciones que habitaron con ellos la tierra*. Consta de cuatro partes, de las cuales la primera forma un tratado distinto; la segunda es un cuadro del mundo antiguo y principalmente de la Arabia, antes de Mahoma; la tercera comprende el establecimiento de los Árabes en África y en España, y las vicisitudes de las tribus berberiscas hasta el siglo XIV; y por último, la cuarta ofrece el cuadro de las muchas dinastías musulmanas esparcidas por todo el mundo. Este libro proporcionó preciosas noticias acerca de la historia de los Orientales, pues no la conocíamos sino por lo que nos decían autores cristianos, imperfectamente y sin pormenores.

En Europa, merced á las Cruzadas, tomó la historia un tono mas elevado, y prescindió de bagatelas para referir las expediciones comunes á la Cristiandad ó las vicisitudes de las repúblicas, en libros escritos en los campos ó en los consejos, con lenguaje diferente del usado por los autores eclesiásticos. Todos los cronistas se remontan á Adán, como hacían los oradores de la Asamblea Constituyente, sin crítica ninguna en su tarea; pero cuando van aproximándose á su época, aparecen llenos de encanto respecto del estilo, y no menos precio-

(1) D'Hosson, *Hist. des Mongols*.